

Detrás de cada dolor, hay un pensamiento

Autor: Luis Bravo Valenzuela

Cajón del Maipo, abril del 2025. Me encuentro parado en la entrada del hospital, esperando ser atendido y a pesar del dolor que mi cuerpo siente, mi mente trata de nublar un poco el dolor mirando un palto cargado de fruta que se encuentra al costado del sector de urgencias. Lo miro y pienso, cuantas historias habrá presenciado aquel árbol, cuantas veces habrá servido de apoyo para algún anciano que más de alguna dolencia lo llevó a ese lugar; o tal vez como me pasa a mí, le sirvió para refrescar su mente en esos momentos de dolor.

Son estos tiempos de espera los que uno se toma para admirar y pensar cosas que el diario vivir no lo deja ver por lo rápido que va todo, pasando muchas veces inadvertidas en nuestras vidas. Justamente por mi cabeza en ese momento, pasaron mil imágenes. Me pregunté como habrá sido este lugar de sanación en sus comienzos. Pensé como sería en los principios este hospital, quienes serían los primeros en ejercer sus ganas de ayudar a los débiles y enfermos; cuantas personas habrán formado parte de este lugar; y cuantas vidas habrán transitado por los pasillos a veces colmados y otras, vacíos.

Hoy, a diferencia de otras veces, me he tomado con calma mi espera y no he preguntado, ¿señorita, sabe que pasa que no me llaman? No, hoy ha sido un día de reflexión dentro de mi dolor, porque me he dado el tiempo de pensar en los cientos de personas que por una u otra razón nos hemos encontrado aquí buscando ayuda para calmar nuestras dolencias. He pensado también en esos niños con tuberculosis que llegaron por un mal momento de sus vidas a inaugurar este hospital, y en sus familiares que depositaron toda su confianza con la esperanza de ver a sus hijos recuperarse de tan terrible enfermedad. También recuerdo que ya hace 29 años mi hija estuvo muy enferma en este hospital y también deposité mi confianza en el personal del hospital. Es más, hasta el día de hoy veo a esa mujer que en ese tiempo trabajaba en el hospital y ayudó a la recuperación de mi hija. Cada vez que la encuentro la miro a los ojos para de cierta forma agradecer lo bien que realizó su trabajo. Es por gente así que uno pone, incondicionalmente, la vida en sus manos. Al igual que lo hicieron en 1926, las personas que trajeron a sus hijos de diferentes partes de Chile a recuperarse de su enfermedad. Fueron días difíciles, noches largas, en las cuales aún recuerdo que como padres de la niña se nos permitía quedarnos con ella en una salita del segundo piso que daba justamente a la entrada del hospital y por su ventana en las mañanas llegaba a cantar un zorzal en el mismo palto que hoy admiro como hace 29 años atrás...

Podría seguir, pero una voz llamó a mi nombre, creo es mi turno.